ardides, las malas artes, y toda suerte, en fin, de amañadas industrias, de que saben aprovecharse las pasiones que bullen en la sociedad para conseguir sus míseros intentos. El deseo de saber es nuestro único anhelo; ¿qué mucho que alentados por él nos lancemos á la discusion para descifrar sus misterios, comprender sus arcanos, é iniciarnos en sus secretos? ¡Vivimos en un siglo en que hasta la razon de la nada se quiere averiguar! ¿No pretenderemos averiguar con mayor motivo la razon de la ciencia, á cuyo estudio hemos dedicado los años mas felices de nuestra vida? Pero no temais; no llegueis á imaginaros que nos estraviaremos en tan dificil senda; no creais que la arrogancia y el orgullo, tan vanos como la vanidad misma, tenderán delante de nuestros ojos el velo tupido de sus errores; que para evitarlo tenemos por dicha nuestra la ayuda de prácticos y experimentados consejeros, que nos apartarán del peligro al punto que le divisen: al frente de la Academia se hallan personas dignísimas, que no omitirán medio ni sacrificio alguno para conseguir los mejores adelantos, como no le omitieron en el año anterior.

El amor á la ciencia he dicho ya que es el único anhelo de los académicos: con tal antecedente, fáciles son de comprender el espíritu y tendencias de esta Corporacion. Mas si, como es de presumir, en nada han variado en el tiempo trascurrido desde nuestra separacion, parad mientes por un instante en la reseña que acabo de hacer de las actas últimas, y á buen seguro